

sin palabras ni contraseñas; era el de los grandes búlgaros. Debido á esto, fué fácil fraguar un complot en Filipópolis, tan secreto y tan bien organizado, que bastóles á sus jefes presentarse en público para vencer sin derramamiento de sangre. El dieciocho de Septiembre de mil ochocientos ochenta y cinco, estaba almorzando el gobernador general turco, Gavril-Bajá Krestowitz, cuando entró en su aposento el coronel de la milicia, Nikolayeff, con algunos oficiales, notificándole que estaba destituido y preso. El bajá corrió á la ventana, vió en el patio del Konak al batallón de Nikolayeff, comprendió lo que había pasado y se resignó con su suerte, llegando á pasear en coche por la ciudad mientras el pueblo, alborozado, proclamaba al príncipe Alejandro. Atraído por el griterío, acudió á la plaza el gobernador militar del ejército de Rumelia, Drigalski-Bajá, y encontrándose con el batallón del mayor Nikolayeff: «¿Qué hace usted?», preguntó á su jefe.—«No le conozco á usted», contestó el coronel.—«¿Cómo que no me conoce usted?», replicó el bajá.—«¡Gendarmes!, gritó Nikolayeff, lleven ustedes al señor á su casa». Y así lo hicieron, acompañándole, sin prenderle. El gobierno provisional, formado enseguida bajo la presidencia del doctor Strauski, solicitó la protección del príncipe Alejandro. Hallábase éste en su castillo de Varna, y poco antes había tenido una entrevista con el ministro ruso Giers, quien le había dicho que por entonces su gobierno se opondría á toda tentativa encaminada á unir la Rumelia con Bulgaria, porque la política de Rusia y las potencias del Norte exigían el mantenimiento del «actual estado de cosas en los Balkanes». El príncipe le contestó que su pueblo anhelaba la unión, pero que no creía próximo el momento de intentarla. Sin embargo, el quince de Septiembre fueron á verle dos emisarios de los revolucionarios de Filipópolis, comunicándole que se había decidido dar el golpe del veintisiete de aquel mes al dos de Octubre. Alejandro de Battemberg les manifestó que era imposible hacer cosa alguna, estando tan reciente su conversación con Giers, y parece que los emisarios se convencieron; mas antes de que regresaran á Filipópolis estaban rotas las hostilidades. El príncipe vaciló. Si sancionaba lo hecho por los búlgaros, era seguro que iba á enemistarse con el emperador Alejandro, el cual le acusaría, con fundamento ó sin él, de haber faltado á su palabra; si, por el contrario, condenaba el movimiento, debía abdicar en el acto, so pena de entablar con sus propios búlgaros la lucha contra sus hermanos rebeldes. Él mismo expuso más adelante la consideración que le movió á transigir. «Conociendo á mi país, dijo, sabía que el mayor peligro estaba en dejar desbordarse la agitación popular. Aún no se ha extinguido el odio nacional á pesar de cuantos esfuerzos he hecho para conseguirlo, y veía en lejanía, además de la revolución, la guerra civil entre búlgaros y mahometanos. Sólo yo podía contener la agitación, encauzándola en vez de dejarla romper los diques y cometer mil excesos; sin mí, era inminente la anarquía: mi persona garantizaba el orden y la tranquilidad; por eso acepté. «Los hechos confirmaron la exactitud de estas apreciaciones, aunque sin

duda debieron también influir en el ánimo del príncipe otras circunstancias, como el haber contraído matrimonio dos meses antes un hermano suyo con la princesa Alicia, hija de la reina Victoria, y el advenimiento de Salisbury al poder.

Alejandro de Battemberg se dirigió á Filipópolis: su viaje fué un triunfo no interrumpido; su entrada en la ciudad, una alegre fiesta para los búlgaros y aun para los turcos. Cuando se juzgaba inevitable la guerra con la Puerta, el príncipe declaró, con gran sorpresa de todos, al tomar el título de «soberano de ambas Bulgarias», que la unión del país no implicaba ningún acto de hostilidad contra S. M. el sultán, de quien se reconocía tan fiel vasallo como antes y á quien rogaba sancionase y no combatiese lo hecho, pues ya estaba consumado. En su consecuencia, mandó que izasen de nuevo el pabellón turco, arrancado en el primer momento de furor, y que á su lado se colocasen sus leones de Hesse, que había convertido en blasón de Bulgaria. No contento con esto, después de salir de la iglesia, entró en la gran mezquita, oyendo las oraciones que rezaban por el sultán. «Ahora, exclamó un anciano mahometano, viene este rebelde extranjero, ahuyenta con las armas á los representantes del sultán y su primer cuidado es visitar la mezquita. Se dice que, en su principado, lo mismo quiere y considera á sus súbditos mahometanos que á los cristianos. Si nos trae también justicia y tolerancia, bendito sea». Los prefectos de Rumelia pidieron el desarme de los mahometanos, como medida de seguridad, pues notábase entre ellos mucha efervescencia: Alejandro rehusó acceder á su demanda, y llamando al *muffi* de Filipópolis, le enseñó los partes de los gobernadores, y le dijo: «Ya ve usted lo que me piden. Ahora bien, yo he estado siempre satisfecho de mis súbditos mahometanos y, por lo tanto, he negado la autorización solicitada. ¿Burlaréis mi confianza?» El *muffi* le contestó: «Príncipe mío, sabemos muy bien cómo habéis procedido en Bulgaria con nuestros hermanos, y vemos como salís á nuestra defensa. Mientras estéis en Ostrumelia, no habrá mahometano que tome las armas contra vos». La hábil política del príncipe produjo sus resultados. El sultán protestó contra la violación del tratado de Berlín y reclamó la intervención de las potencias; mas nada dijo de declarar él la guerra. Las complicaciones vinieron de otro lado. Por orden de Rusia, renunciaron sus cargos el ministro de la Guerra y todos los oficiales moscovitas del ejército de Bulgaria: por fortuna, el principado contaba ya con tropas muy bien organizadas y disciplinadas y con jefes y oficiales del país. Seguidamente, Servia se preparó á invadir el territorio búlgaro. No pudiendo creer el príncipe Alejandro que los preparativos belicosos de Servia estuviesen destinados á deshacer violentamente, de acuerdo con Rusia, la unión de la gran Bulgaria, envió á su ministro de Justicia á Belgrado, entregándole un escrito, que debía poner en las propias manos del rey. Negóse éste á recibir al mensajero y, el trece de Noviembre, declaró la guerra á Turquía, «para establecer el equilibrio de los pueblos de los Balkanes y vengar muchas injusticias cometidas por Bulgaria en

perjuicio de Servia», pasando el catorce la frontera búlgara por cuatro puntos distintos. Entonces comenzó la brillante carrera militar de Alejandro de Battemberg. Su ministro de Justicia denunció á las potencias, por medio de sus embajadores residentes en Constantinopla, el traidor ataque de los servios, y él se fué, con su ejército, al encuentro del enemigo, dándole vista en las inmediaciones de Sliwnitza, ciudad situada cerca de Sofía. Trabóse la batalla el diez y siete de Noviembre; duró todo el día, y el campo quedó por los búlgaros. Al príncipe se le había visto en los sitios de mayor peligro, entre sus valientes búlgaros, alentando á los soldados con su ejemplo y sus entusiastas palabras. El combate continuó los dos días siguientes: el último, el triunfo de Alejandro fué decisivo. La retaguardia del ejército principal servio cayó casi por completo en poder de los búlgaros, y el gran número de desertores, que se presentaban en el campamento, era señal evidente del desorden é indisciplina reinantes entre los vencidos. Los servios retrocedieron, librándose aun otra acción en Pirof, tan funesta para ellos como la de Sliwnitza. Servia no podía esperar ya su salvación sino del extranjero. En mil ochocientos setenta y seis, la debió á Rusia; ahora, la obtuvo de Austria. El veintiocho de Septiembre, en efecto, el conde Khevenhuller, embajador de Austria en la corte de Belgrado, fué á ver al príncipe Alejandro, pidiéndole la suspensión de las hostilidades. El de Battemberg quiso rechazar esta intervención en los asuntos de Bulgaria, diciendo estar dispuesto tan sólo á oír determinadas proposiciones de paz; pero el diplomático austriaco dióle esta respuesta contundente: «Si V. A. no quiere avenirse á suspender las hostilidades, entrará el ejército austro-húngaro en Servia, y al penetrar más V. A. con el suyo en este país, encontrará al ejército austriaco y no al servio. Comunico esto á V. A. en nombre de S. M. el emperador y rey». El príncipe Alejandro, cediendo á la imposición de Austria, mandó suspender las hostilidades, si bien expuso en una circular los motivos de su determinación. Abriéronse entonces negociaciones, que condujeron á un armisticio con Servia y á un acuerdo con la Puerta. Este último se publicó por primera vez el dos de Febrero de mil ochocientos ochenta y seis. Sus artículos más importantes dicen: «La dignidad de gobernador general de la Rumelia oriental, en consonancia con las disposiciones del tratado de Berlín, recaerá, por confirmación imperial, en el príncipe Alejandro de Battemberg: esta confirmación se renovará cada cinco años, mientras el príncipe permanezca fiel al sultán y gobierne acertadamente la provincia. En caso de un ataque extranjero al territorio otomano en las fronteras de Bulgaria ó en las de la Rumelia oriental, la Sublime Puerta enviará tropas auxiliares, que serán puestas bajo el mando del príncipe Alejandro». Los griegos amenazaron lanzarse á la guerra, como los servios, so pretexto de irrogarles perjuicios la unión de las dos Bulgarias; pero Inglaterra, Alemania, Austria-Hungría, Italia y Rusia, temiendo ver renacer la cuestión de Oriente en toda su magnitud, les dirigieron un *ultimátum*, y como aquellos no cesasen en su actitud be-

licos, mandaron sus escuadras á las costas helénicas, que declararon en estado de *bloqueo pacífico*. Francia intervino amistosamente; sometiése el gobierno de Atenas, y la demostración naval de que era objeto concluyó en Junio de mil ochocientos ochenta y seis.

Alejandro de Battemberg parecía haber triunfado; sin embargo, quedábale un enemigo irreconciliable: era Rusia. Esta potencia exigió que el convenio de Bulgaria y Turquía se modificara, suprimiéndose el artículo tocante al auxilio de tropas y al nombre de Alejandro de Battemberg: el príncipe de Bulgaria debía ser por derecho gobernador general de la Rumelia, con aprobación de las potencias y sin tiempo limitado. La Puerta se manifestó conforme con que se omitiera el nombre de Alejandro, diciéndose simplemente «príncipe de Bulgaria,» declarándole gobernador general de la Rumelia de cinco en cinco años, con arreglo á lo prevenido en el artículo diez y siete del tratado de Berlín y previa aprobación de las potencias. Tras larga resistencia, doblegóse el príncipe Alejandro á las pretensiones de Rusia; mas, á pesar de ello, la corte de San Petersburgo le guardó profundo rencor. Era evidente que la nueva Gran Bulgaria, después de haber adquirido conciencia de su fuerza, no se resignaría á ser lo que no se había logrado que fuese en tiempos de mayor debilidad, es decir, una provincia rusa. Antes de aceptar esta situación, Alejandro III quiso deshacerse de aquel aborrecido Battemberg, que le había proporcionado tan gran disgusto. Gladstone le movió á tener paciencia; pero al ser llamado Salisbury al poder por segunda vez, no aguardó más. Tramóse en la capital de Bulgaria un complot, cuyos hilos estaban en manos del gobierno de San Petersburgo, y el veintiuno de Agosto por la noche, los oficiales del ejército de Struma y los cadetes, al mando del mayor Gruyew, acometieron al príncipe en su Konak y, amenazándole con sus pistolas, le obligaron á firmar un papel que le dijeron contenía su abdicación: el príncipe, sin leerlo, escribió estas palabras: «Dios proteja á Bulgaria. Alejandro.» En seguida, fué llevado con su hermano Francisco José á Rahova, embarcado en este punto bajo la más severa vigilancia, conducido á Reni (Rusia) y entregado allí como «prisionero de Estado.» Los conspiradores formaron un gobierno en Sofía, compuesto del mayor Gruyew, del antiguo ministro Zancoff y del metropolitano de Tirnova: para justificar su atentado, alegaron que el príncipe había seguido una política contraria á Rusia. Los búlgaros, empero, rehusaron reconocer al nuevo gobierno, y no bien averiguado el atropello del día veintiuno, las tropas de Filipópoli, Schumba, Plewna, Widdin, Tirnova, Silistria y Nicopolis se levantaron en favor del héroe de Sliwnitza y Pirof: el pueblo, pasado el primer momento de estupor, secundó en masa á los alzados. Derrotado el veinticuatro de Agosto el gobierno usurpador, nombróse otro, á cuya cabeza figuraban Stambuloff, presidente de la *sobranje*, y Mutkuroff, jefe de las milicias de la Rumelia oriental, los cuales llamaron al príncipe, constituyendo provisionalmente una regencia. Alejandro de Battemberg volvió. Había sido puesto en libertad por los rusos y se dirigía á su patria nativa, cuando

llegaron á su conocimiento los sucesos de Bulgaria. Conmovido por el afecto que le demostraba el país, se decidió á condescender con los deseos de la regencia, entrando el dos de Septiembre en Filipópolis y el tres en Sofía, en medio del indescriptible júbilo popular. Su nueva estancia en Bulgaria fué muy breve. A su regreso, había teleografiado al Czar, desde Rustschuck, diciéndole: «Ya que Rusia me ha dado mi corona, estoy dispuesto á ponerla en manos de su soberano». Alejandro III contestó: «He recibido el telegrama de V. A. y no puedo aprobar su decisión; pues preveo consecuencias funestas para la tan probada Bulgaria. Por mi parte, me abstendré de intervenir en el triste estado á que ha sido reducido ese pueblo, mientras V. A. permanezca en el país. V. A. sabrá lo que ha de hacer. Yo me reservo el derecho de obrar como me ordenen el venerado recuerdo de mi padre, los intereses de Rusia y la paz de Oriente.» Alejandro de Battenberg bajó la cabeza, declarando á los representantes de las potencias en Sofía (los de Rusia y Alemania faltaban), que tenía que abdicar y abandonar el territorio búlgaro, el cual, en otro caso, sería ocupado por los rusos; instituyó luego una regencia presidida por Stambuloff, Mulkuroff y Karaweloff, y el siete de Septiembre abandonó definitivamente á sus afligidos amigos. Arrojado del trono por una banda de rebeldes sin honor ni conciencia, pero llamado con entusiasmo por el ejército y el pueblo, podía ahora retirarse dignamente, sacrificando su corona en aras de la paz y la tranquilidad de Bulgaria.

Stambuloff era hijo de un posadero de Tirnova, habiéndose encargado él mismo de completar la escasa instrucción que recibiera. Protegido por Karaweloff, de quien fué agente electoral, se vió elevado, gracias á la influencia de aquel personaje, á la presidencia de la Cámara. Tenía treinta y tres años al acaecer los sucesos que vamos narrando. Dotado de ingenio penetrante, de comprensión pronta, de inteligencia muy viva, poseía el conocimiento preciso de las necesidades de su país y de las condiciones requeridas para que un pueblo semi-bárbaro, ignorante y apegado á la rutina pudiese formar una nación sólidamente organizada y capaz de gran desarrollo. Autoritario por instinto, lo fué también por las circunstancias, y arrastró á sus compatriotas á la fuerza por el camino doloroso pero fecundo del progreso. Su más ardiente anhelo era asegurar la completa emancipación de Bulgaria, realizar la aspiración de «Bulgaria para los búlgaras», librar á su pueblo de la tutela rusa y de la soberanía otomana.

Era menester, ante todo, impedir á Rusia reconquistar el terreno perdido. El Czar había enviado á Bulgaria al general Kaulbars, como emisario extraordinario, con encargo de preparar la elección de un súbdito ruso, el príncipe Mingrelie. Stambuloff precipitó las elecciones para la asamblea nacional, siendo su propósito evitar que los partidarios de Rusia tuvieran tiempo de ponerse de acuerdo. Los diputados, casi todos amigos del regente, reuniéronse en Tirnova, y por más que Kaulbars anunció que su gobierno no reconocería los acuerdos de la asamblea, designó ésta como sucesor de Alejandro de

Battenberg al príncipe Valdemar, hijo del rey de Dinamarca, y confirmó los poderes de Stambuloff. El príncipe Valdemar rehusó la corona que le ofrecían, y el Czar llamó á Kaulbars y demás agentes rusos. Stambuloff, hallándose dueño del poder, reprimió con bárbara energía todas las tentativas hechas por sus adversarios para arrancarlo de sus manos. En el entretanto, una misión dirigida por Stoiloff recorría las cortes de Europa, pleiteando á favor de Bulgaria y buscando un príncipe que ocupara el trono vacante. Por fin, encontró en Viena lo que buscaba en la persona de Fernando de Sajonia-Coburgo, nieto de Luis Felipe, por parte de madre. Fernando de Coburgo contaba á la sazón veintiséis años, estaba ganoso de figurar y tenía la inteligencia, constancia y voluntad suficientes para no desempeñar un mal papel. Coincidió esto con la invitación hecha á las potencias por Turquía, el veintiuno de Mayo de mil ochocientos ochenta y siete, para que designasen uno ó dos candidatos. El sultán no había querido, á pesar de las instancias de Rusia, intervenir militarmente en Bulgaria. Stambuloff tornó á ganar por la mano á sus adversarios, y el siete de Julio, la *Sobranje* elegía príncipe por unanimidad á Fernando de Coburgo. Aceptada por éste la corona, llegó á Sofía el veintitrés de Agosto y juró la Constitución, aunque el sultán le hizo saber que consideraba nulo su nombramiento y por más que las grandes potencias tampoco expresasen su conformidad. Inglaterra, Austria é Italia, sin embargo, no disimulaban su satisfacción: su deseo era ver formarse en los Balcanes un Estado hostil á Rusia. Las declaraciones de Kalnoky, en Viena, y de Tisza, en Pesth (mil ochocientos ochenta y ocho), revelaron claramente que si Rusia desnudaba el acero, Austria é Inglaterra estaban dispuestas á afrontar la lucha. Alejandro III no se atrevió á correr esta peligrosa aventura. El sultán se limitó á manifestar su disgusto, por medio de protestas tan repetidas como platónicas. En cuanto á Alemania, dejaba hacer.

En este último país, ocurrió por entonces un suceso que, no por ser natural, causó menos impresión. Nos referimos á la muerte del anciano emperador Guillermo, acaecida el nueve de Marzo de mil ochocientos ochenta y ocho. Un antiguo padecimiento de los riñones que le aquejaba, agravóse de repente el día tres de dicho mes, postrándole en el lecho: no debía levantarse más. Una invencible languidez y la falta total de apetito debilitaron rápidamente sus fuerzas físicas, después que las conmociones profundas de su ánimo, producidas por la muerte de su nieto, el príncipe Luis Guillermo de Baden, y la enfermedad incurable de su hijo, el príncipe heredero, habían acabado con su resistencia moral. El primer informe oficial, que apareció al anochecer del día siete, hizo temer el funesto desenlace. Aquella misma noche, llamada por telégrafo, acudió la gran duquesa de Baden, acompañada de su esposo, para ocupar su puesto al lado del lecho mortuario de su padre. Al día siguiente, aún habló el Emperador con el príncipe Guillermo y el mariscal conde de Moltke, del ejército, de guerras probables y de alianzas. La gran duquesa de Baden creyó de su deber rogarle que no se esforzase mucho. «No tengo tiempo ahora de